

pueblos, demoledores de cuanto admirable respetaron los siglos, y perseguidores furibundos de la verdad y de la justicia. Aliéntanse y entronízanse con la impunidad del crimen, por ignorancia, flojedad é imprevisión de príncipes y repúblicas menguados, causa y móvil siempre de espantosas catástrofes, y de que en perdición y muerte se coja el fruto del execrable lazo que á los malvados une.

¡Tiempos desventurados, infelicísimos, aquellos en que la riqueza y suntuosidad está en los palacios y casas de los ciudadanos, y la pobreza y miseria en los templos de Dios! ¡Más desventurados é infelices aquellos otros en que los vasos, pinturas y ornamentos del santuario, revueltos con impúdicas imágenes, engalanan el camarín del sibarita y el almacén del presumido y avaro! ¡Calamitosísimo siglo el de la pobreza pública y los particulares opulentos! Los excelsos y prepotentes varones de las grandes épocas adornaron los templos con su piedad y las casas con su gloria.

AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

(El libro de Santoña.)

## LOS ARTISTAS

La palabra *Artista* es el tirano del siglo actual. En lo antiguo había pintores, escultores, arquitectos, comediantes y aficionados. Hoy sólo hay *Artistas*; y en esta calificación entran indiferentemente, desde el pincel de Apeles hasta el puchero en cinto; desde el cincel de Fidias, hasta las alcarrazas de Andújar; desde el compás de Vitrubio, hasta el cuevo del albañil.

El que enciende las candilejas en el teatro, *Artista*; el motilón que echa tinta en los moldes, *Artista* también; el que inventó las cerillas fosfóricas, *distinguido Artista*; el que toca la gaita ó el que vende aleluyas, *Artistas populares*; el herrador de mi calle, *Artista veterinario*; el barbero de la esquina, *Artista didascálico*; el que saluda á Esquivel ó quita el tiempo á Villaamil, *Artista de entusiasmo*; el que lee el *Laberinto* ó el *Semanario*, los socios del Liceo ó del Instituto, los que asisten á los toros ó al teatro, los que forman corro alrededor de la murga, *Artistas de afición*; el perro que baila, el

caballo que caracolea, el asno que entona su romanza... *Artistas, artistas de escuela.*

Entre tanto, como todo el mundo es artista, los Artistas no tienen qué comer, ó se comen unos á otros.—El clero y la nobleza que antes les sostenían, están ahora muy ocupados en buscar donde sostenerse.—La grandeza metálica de los Fúcares modernos, está por las artes de movimiento, protegen la *polka* y la tauromaquia, las diligencias y los barcos de vapor. En sus flamantes salones no quieren estatuas, sino buenas mozas; sus libros son el *Libro mayor* y el *Libro diario*; sus conciertos el ruido del aurífero metal. Cuando más, y para satisfacer su amor propio, se hacen retratar por el pintor, como se hacen vestir por el sastre, de cuerpo entero y todo lo más elegante posible, cuidando de que el marco sea magnífico y de relumbrón.—Para amenizar los salones, basta con las estampas del Telémaco ó las vistas de la Suiza.

El Artista entre tanto, desdeñado por la fortuna, camina á la inmortalidad por la vía del hospital; y se sube á una bullardilla con pretexto de buscar luces; hía se encierra mano á mano con su in-

dependencia, y se declara hombre superior y genio elevado: descuida los atavíos de su persona por hacer frente á las preocupaciones vulgares; y, ostentando su excentricidad y porte exótico é inverosímil, se deja crecer indiscretamente barbas y melenas, únicos bienes raíces de que puede disponer. Desdeña la crítica periodística por incompetente; la autoridad del maestro por añeja; los consejos de los inteligentes por parciales y enemigos; y, con una filosofía estóica, responde á la adversidad con el sarcasmo, á la fortuna con el más altivo desdén. Por último, cuando se permite una invasión en el campo de la política, adopta las ideas más exageradas, y es partidario de las instituciones democráticas, que han acabado con las clases que antes le sostenían, y sustituido las artes liberales por otras también *artes, y liberales* también.

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS.

(*Escenas Matritenses*)

---

## EL SALTO DE CALASANS.

Mis entretenimientos juveniles hubieran probablemente conservado su ino-

cente colorido, si una circunstancia imprevista no hubiese venido á cambiar su fisonomía.

Amaneció el día de la fiesta mayor de la villa. Existía en ella, desde remotos tiempos, una costumbre extraña y peligrosa. Dos montañas que se internan en el mar forman allí un puerto. La de la derecha es muy notable por la ermita de San Telmo: la de la izquierda por un molino de viento que en su cumbre se divisa. Muy cerca de esta montaña, una pequeña colina se interna en el puerto, dividiéndole en dos, uno muy pequeño llamado Calasans, otro vasto, denominado antiguamente Puerto del Abrigo. En lo alto de la colina, la naturaleza formó, en medio de la peña viva, una especie de pozo de unos cien pies de profundidad, abierto por la parte de Calasans, y cuyo fondo es el mismo mar. Por este fondo las aguas de Calasans penetran en una cueva que por debajo de la colina les abre comunicación con el Puerto del Abrigo. El pozo y la cueva forman uno de aquellos caprichos de la naturaleza, que el hombre admira y no comprende. Es una tradición inmemorial en

el país que, en una de las crueles persecuciones suscitadas contra los cristianos primitivos, el santo patrono de la villa fué arrojado desde lo alto de aquel pozo, atado á una rueda de molino, y con ella horadó la colina y llegó sano á la opuesta playa. En conmemoración de este prodigio, algunos nadadores excelentes acostumbraban anualmente dar al pueblo un espectáculo no exento de peligros. Precipitábanse de cabeza en el pozo, y los más hábiles hacían esfuerzos increíbles para atravesar la cueva buceando. Hacía algunos años que ningún arrojado marineró se había atrevido á dar el casi temerario salto, cuando, en la tarde de aquel día de regocijo para la villa, corrió la voz de que un piloto y un pasajero habían hecho voto en alta mar de dar el salto temido, si se salvaban de un golpe de viento; y, llegados al puerto, iban á cumplirle.

La colina de Calasans y sus cercanías se llenaron de gente. Improvisóse una música que acompañó á aquellos dos hombres arriscados, y al paso los animaba el pueblo, diciéndoles: no temáis nada, no hay ejemplo de que á nadie le

haya venido daño por haber dado el salto.

Ví pasar á la comitiva y me junté con ella. El piloto iba sereno, con semblante risueño, y saludaba jovialmente á los conocidos que encontraba al paso. Uno le preguntó si se había vuelto loco. Santo, has de decir, le respondió. Otro le dijo que iba á servir de merienda á los peces. Ayer temía á los peces, respondió; pero hoy ya les he ganado el viento. Acercósele un amigo con aire muy ladino, y le preguntó si había hecho testamento. Sí, le contestó; y te lego mis deudas.

Contrastaba el buen humor del piloto con la tristeza que estaba pintada en el rostro de su compañero. Los pasos vacilantes que daba éste, su mirar vago, y la palidez de su semblante indicaban que iba á cumplir su voto, no sin alguna repugnancia, y acaso sólo por un resto de amor propio. A medida que se acercaba á la colina eran más inciertas sus miradas, y, cuando comenzó á trepar por ella, un sudor frío bañaba su frente.

Casi todo el concurso que ocupaba la cima de la colina se componía de mari-

nos, excepto uno que otro curioso como yo, y no habia allí ninguna mujer. Pero la ladera de la vecina montaña estaba llena de un numeroso gentío de todos sexos y edades, que esperaba ansioso el momento solemne. Cuando la comitiva llegó á la orilla del precipicio fué saludada con grandes aclamaciones. La música tocaba una marcha triunfal; el aire volteaba pausadamente las aspas del molino de viento que dominaba esta escena; y las olas que cubrían de espuma la playa cercana, las rocas fronteras y el pie de la colina, daban un aspecto imponente á aquel espectáculo. En esto se dejó ver por un momento en la orilla del precipicio un hombre casi desnudo. Era el piloto, que, saludando á los espectadores, se orrojó al abismo. Durante unos momentos reinó un profundo silencio. Oyóse el ruido sordo de un cuerpo que cae á lo lejos en el agua, y todos nos agolpamos al borde de la colina, por un movimiento de ansiedad general. Los más cercanos al pozo aseguraban en voz baja que el piloto había caído enteramente aplomado, lo cual era una señal feliz. Pero pasaban los instantes, y no parecía. De repente,

resuenan gritos entusiastas: las mujeres hacen ondear sus pañuelos, y todas las miradas se fijan en el puerto de Calasans. El piloto no había entrado en la cueva debajo de la colina, sino que, nadando un buen trecho por debajo del agua, había aparecido casi en el centro mismo de aquel inmenso anfiteatro, como para recibir de los espectadores el parabién debido á su intrepidez y á su fortuna. Al mismo tiempo parecía indicar por señas que esperaba á su compañero.

La atención se fijó entonces en éste. Trémulo, lívido, azorado, se adelantó hacia el precipicio, y no pareció que se arrojaba, sino que resbalaba y se hundía. Oyéronse dos golpes; el de un cuerpo duro que da contra una peña, y el de su caída en el agua.—Es hombre muerto, dijo á mi lado un anciano.—Antes de caer lo mató el miedo, dijo otro.—Socorredle, socorredle, gritaron algunos.

No me es posible contar el fin de esta escena. Dotado yo de un natural apático y reservado en las ocasiones ordinarias de la vida, era sin embargo activo é impetuoso en los lances extraordinarios. Ya he dicho que el mar era mi elemento.

Vestido como me encontraba, me arrojé al agua. Supe después que había dado de cabeza contra un cadáver, y que hubiera perecido sin recurso, si el piloto, ayudado de una sangre fría admirable; no me hubiese salvado. Trasladáronme sin conocimiento á la casa de mi tío.

FERNANDO PATXOT. (*Ortiz de la Vega*).  
(*Las ruinas de mi convento.*)

## LOS REYES CATÓLICOS

A pesar de todo este progreso legislativo y literario, á pesar también de las instituciones y de las libertades políticas y del espíritu caballeresco, hallábase España en los últimos tiempos del reinado de Enrique IV de Castilla en uno de aquellos períodos de abatimiento, de pobreza, de inmoralidad, de desquiciamiento y anarquía, que inspiran melancólicos presagios sobre la suerte futura de una nación, é infunden recelos de que se repita una de aquellas grandes catástrofes que en circunstancias análogas suelen sobrevenir á los Estados. ¿Había de permitir la Providencia que por premio de más de siete siglos de terrible lucha y de

esfuerzos heróicos por conquistar su independencia y defender su fe, hubiera de caer de nuevo esta nación, tan maravillosamente trabajada y sufrida, en poder de extrañas gentes?

No; bastaba ya de calamidades y de pruebas; bastaba ya de infortunios. Cuando más inminente parecía su disolución, por una extraña combinación de eventualidades viene á ocupar el trono de Castilla una tierna princesa, hija de un rey débil, y hermana del más impotente y apocado monarca. Esta tierna princesa es la magnánima Isabel.

La escena cambia: la decoración se transforma, y vamos á asistir al magnífico espectáculo de un pueblo que resucita, que nace á nueva vida, que se levanta, que se organiza, que crece, que adquiere proporciones colosales, que deja pequeños á todos los pueblos del mundo; todo bajo el genio benéfico y tutelar de una mujer.

Inspiración ó talento; inclinación ó cálculo político, entre la multitud de príncipes y personajes que aspiran á obtener su mano, Isabel se fija irrevocablemente en el infante de Aragón, en quien

por un concurso de extrañas combinaciones, recae la herencia de aquel reino. Enlázanse los príncipes y las coronas; la concordia conyugal trae la concordia política, es un doble consorcio de monarcas y monarquías; y aunque todavía sean Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, el que les suceda no será ya rey de Aragón ni rey de Castilla, sino *rey de España*; palabra apetecida, que no habíamos podido pronunciar en tantos centenares de años como hemos históricamente recorrido. Comienza la unidad.

Gran príncipe el monarca aragonés, sin dejar de serlo lo parece menos al lado de la reina de Castilla. Asociados en la gobernación de los reinos como en la vida doméstica, sus firmas van unidas como sus voluntades: «*Tanto monta,*» es la empresa de sus banderas. Son dos planetas que iluminan á un tiempo el horizonte español; pero el mayor brillo del uno, modera sin eclipsarle la luz del otro. La magnanimidad y la virtud, la devoción y el espíritu caballeresco de la reina, descuellan sobre la política fría y calculada, reservada y astuta del rey. Los altos pensamientos, las inspiracio-

nes elevadas vienen de la reina. El rey es grande, la reina eminente. Tendrá España príncipes que iguallen ó excedan á Fernando; vendrá su nieto rodeado de gloria y asombrando al mundo: pasarán generaciones, dinastías y siglos, antes que aparezca otra Isabel.

La anarquía social, la licencia y estrago de costumbres, triste herencia de una serie de reinados, ó corrompidos ó flojos, desaparecen como por encanto. Isabel se consagra á esta nueva tarea, primera necesidad de un reino, con la energía de un reformador resuelto y alentado, con la prudencia de un consumado político. Sin consideración á clases ni alcurnias, enfrena y castiga á los bandoleros humildes y á los bandidos aristócratas; y los baluartes de expoliación y de la tiranía, y las guaridas de los altos criminales son arrasadas por los cimientos. A poco tiempo, la seguridad pública se afianza, se marcha sin temor por los caminos, los ciudadanos de las poblaciones se entregan sin temor á sus ocupaciones tranquilas, el orden público se restablece, los tribunales administran justicia. Es la reina la que los preside, la

que oye las quejas de sus súbditos, la que repara los agravios. Los antiguos tuvieron necesidad de fingir una Astrea y una Temis que bajaran del cielo á hacer justicia á los hombres, é inventaron la edad de oro. España tuvo una reina que hizo realidad la fábula.

Isabel encuentra una nobleza valiente, pero licenciosa; guerrera, pero relajada; poderosa, pero turbulenta y díscola. Primero la humilla para robustecer la majestad; después la moralizará instruyéndola.

Ya no se levantan nuevos castillos: ya no se ponen las armas reales en los escudos de los grandes: las mercedes inmerecidas, otorgadas por príncipes débiles y pródigos son revocadas, y sus pingües rentas vuelven á acrecentar las rentas de la corona, que se aumentan en tres cuartas partes. La arrogante grandeza enmudece ante la imponente energía de la majestad, y el trono de Castilla recobra su perdido poder y su empañado brillo, porque se ha sentado sobre él la mujer fuerte.

Honrando los talentos, las letras y la magistratura, y elevando á los cargos

públicos á los hombres de mérito, aunque sean del pueblo, enseña á los magnates que hay profesiones nobles que no son la milicia, virtudes sociales que no son el valor militar, y que la cuna dorada ha dejado de ser un título de monopolio para los honores, las influencias y la participación del poder. Los grandes comprenden ya que necesitan saber para influir, y que el prestigio se les escapa si no descienden, de los artesonados salones de los viejos castillos góticos, á las modestas aulas de los colegios á disputar los laureles literarios á los que antes miraban con superioridad desdeñosa. Aquellos orgullosos magnates que, enamorados de la espada, habían menospreciado las letras, van después á enseñarlas con gloria en las universidades y obligan á decir á Jovio en el Elogio de Lebrija, «que no era tenido por noble el que mostraba aversión á las letras y á los estudios.» Ha hecho, pues, Isabel de una nobleza feroz una nobleza culta, ha ennoblecido la nobleza.

Esos opulentos y altivos grandes maestros, señores de castillos y de pueblos, de encomiendas y de beneficios, de

lanzas y de vasallos, que tantas veces han desafiado y puesto en conflicto la autoridad real con su caballería sagrada, ya no conmoverán más al solio, ni se turbará más la paz del reino en cada vacante de estas altas dignidades, porque ya no hay más grandes-maestros de las órdenes militares que los monarcas mismos.

Hay revoluciones sociales que nos inducen á creer que no siempre las épocas producen los reformadores, ni siempre los cambios de condición que sufre un pueblo han venido preparados por las leyes, las costumbres y las ideas. Por lo menos nos es fuerza reconocer que, á las veces, siquiera sean muy contadas, un genio extraordinario puede bastar con escasos elementos á transformar una sociedad en el sentido que menos parece determinar las ideas y las costumbres que encuentra dominando en el Estado. Y esto es lo que aconteció en España.

Cuando más abocado se podía creer el país á una disolución social, aparece un genio que, sin deber á su primera educación, sino la formación de su espíritu, á una piedad acendrada, y á la escuela del

mundo la reflexión sobre los infortunios que nacen del desorden y de la inmoralidad, acomete la empresa de hacer de un cuerpo cadavérico un cuerpo robusto y brioso, de una nación desconcertada una nación compacta y vigorosa, de un pueblo corrompido un pueblo moralizado, y lleva su obra á próspero término y feliz remate. Este persanaje, con una actividad prodigiosa, con una perseverancia que causa maravilla, y con una universalidad que hace cierto lo inverosímil, purga el suelo de malhechores; organiza tribunales y los preside, administra justicia y manda hacer cuerpos de leyes; derriba las fortalezas de los poderosos, y va á buscar los talentos á los retiros; da ejemplos diarios de virtud, y expide cédulas y provisiones para la reforma de las costumbres; enseña con actos propios de piedad, y manda con severas pragmáticas; asiste á los templos, y recorre los campos de batalla; ora de rodillas ante el altar, y reviste los campamentos sobre un soberbio corcel; socorre á las vírgenes del claustro, y provisiona á los ejércitos; erige santuarios, y toma plazas de guerra á los enemigos; fomenta

las escuelas, y organiza la milicia; contiene la relajación del clero, y hace cesar la corte pontificia en su sistema de invasión y de usurpaciones; restablece la buena disciplina en la Iglesia española, y hace respetar á la tiara los derechos de la corona y las regalías del trono; celebra y preside Cortes, y también celebra y preside torneos; vigila la educación del pueblo, y cuida de la educación de los príncipes; se ejercita en labores de mano bajo el techo doméstico, y atiende al gobierno de dos mundos; y á diferencia del rey de las tablas astronómicas, no desatiende á la tierra por mirar al cielo, sino que atiende simultáneamente al negocio del cielo y á los negocios de la tierra.

Así brillaban bajo su benéfica protección jurisconsultos como Montalvo; prelados como Mendoza, Talavera y Cisneros; capitanes como Aguilar, Gonzalo y el marqués de Cádiz; literatos como Oliva, Pulgar y Vergara.

Las letras humanas adquieren un prodigioso desarrollo en este reinado feliz. Llega su fama á remotos climas, y desde el fondo de la Holanda deja oír el sa-

bio Erasmo los acentos de admiración y de elogio que le arranca el vuelo y progreso de la literatura española. La ilustración se hace extensiva al bello sexo; una dama va á explicar los clásicos en Salamanca, y otra dama sustituye á su padre en la cátedra de retórica en Alcalá. El movimiento literario se extiende desde el romance morisco y la leyenda caballeresca hasta los estudios graves de las aulas universitarias. Échanse los primeros cimientos del teatro español, que habrá de servir de modelo al mundo en los siglos que van á entrar. Fortuna es también de los esclarecidos Reyes Católicos que venga la invención de la imprenta en su siglo, en ayuda de sus esfuerzos, á dar una vida permanente á los progresos de la razón y á centuplicar los medios de propagación de los conocimientos humanos. Merced al prodigioso invento en el mismo año que se conquista el último baluarte de los moros, se da á luz pública la primera gramática de la lengua castellana. A poco tiempo asombra la España al mundo con la edición de la Políglota, la empresa tipográfica más gigantesca del siglo.

Todo renace bajo el influjo tutelar de los Reyes Católicos: letras, artes, comercio, leyes, virtud, religiosidad, gobierno. Es el siglo de oro de España.

MOBES TO LAFUENTE.

(Historia de España; Discurso preliminar.)

### DON JAIME EL CONQUISTADOR

La muerte de Don Pedro en los campos de Muret, junto á Tolosa, había entregado el trono y la corona de Aragón y Cataluña á Don Jaime I, llamado más tarde y con justicia *el Conquistador*.

Se considera á Don Jaime como el fundador de la nacionalidad catalana y del poderío aragonés. Razón hay para ello. La gran figura de Don Jaime descuella sobre todos los reyes de aquellos tiempos, como cuentan que su talla sobresalía sobre todas las de los hombres de su época.

Su vida llenó mucho más de medio siglo, y su nombre toda la tierra entonces conocida. Niño aún, viste la cota de maila y manda huestes; antes de los veinticinco años ha conquistado reinos; por él

nacen á la luz y á la vida de la civilización cristiana las Baleares, Valencia y Murcia; gana reinos y dominios para otros; reforma é instituye sobre bases seculares aquel célebre y virtuoso *Consejo de Ciento*, senado barcelonés llamado por excelencia el Sabio, con miras á tan alto, que sin tener facultad de dar coronas, alguna vez le sucedió probar que podía quitarlas; los príncipes cristianos le toman por árbitro y juez en sus contiendas; el Papa le da asiento en sus concilios y le llama á sus consejos; es el terror de los moros, á los que, según la bella expresión de la crónica, ahuyenta con la cola de su corcel de batalla; el kan de Tartaria y el sultán de Babilonia le rinden homenaje; y le sigue y le rodea una corte de sabios y de trovadores; funda estudios y universidades en Lérida, Montpeller, Perpiñán, Valencia y Palma; como César, es á un mismo tiempo soldado y escritor, que con su espada gana reinos y con su pluma narra sus campañas; intenta, aunque en vano, volver á levantar la nacionalidad del Mediodía, caída con su padre en la batalla de Muret; pero crea en cambio la nacio-

nalidad catalana, y con ella una lengua que emplea en sus correspondencias, en sus leyes, en sus tratados y en sus obras literarias; es el más prudente en los consejos y el más arrojado en las batallas; se sienta á la mesa de los mercaderes catalanes y los asocia á sus planes de grandeza y de conquista; discute en los parlamentos con los diputados; los pueblos le llaman justo, las damas galán, los caballeros dadivoso y las leyendas santo; y para que nada falte á la gloria del que es á un tiempo cronista, rey y soldado, es el primero entre los reyes, como es el primero entre los legisladores, como es el primero entre los capitanes, como es el primero entre los literatos; que Dios parece haber dado la primacia en todo á aquel hombre extraordinario, llamado por los altos destinos á ser el vencedor de todo, menos de sus pasiones, y que al morir dejaba escrita en su testamento esta admirable frase, que encierra toda la vida de aquel gran rey, y toda la política de aquel gran reinado: *Dios ama á los reyes que á sus pueblos aman.*

VÍCTOR BALAGUER.

(Discurso ante la Academia de la Historia.)